

## Estado actual del estudio de la musivaria romana en España

En líneas generales puede decirse que el estudio de la musivaria romana en España ha seguido, aunque con cierto desfase, una trayectoria semejante a la experimentada en otros países del Occidente romano.

En primer lugar debe observarse que el número de mosaicos, conservados o conocidos, es notable. Posiblemente unos dos millares. Esta cifra aumenta continuamente. Es un fenómeno sobradamente conocido por cuantos nos ocupamos de estos estudios que los períodos de ciertos trabajos agrícolas se traducen por una multiplicación de las noticias referentes a hallazgos de mosaicos.

La mayor parte de este material ha sido dado a conocer en noticias ocasionales. Aunque publicado puede considerarse, en su mayoría, inédito en cuanto a estudios del mismo. La bibliografía, hasta el último decenio, se reduce generalmente a la noticia y la ilustración o una breve descripción. Para numerosos pavimentos no disponemos ni siquiera de tales datos.

Hay que apuntar también que la mayor parte de este material ha aparecido y continúa apareciendo fortuitamente. Es decir en trabajos agrícolas o de construcción. Sólo una parte muy reducida, quizás menos del 25 %, ha sido descubierto en el curso de excavaciones arqueológicas.

La mayor parte del material corresponde a hallazgos efectuados en construcciones rurales. Reducida en cambio es la serie de piezas pertenecientes a construcciones urbanas.

Dentro de este conjunto hoy puede considerarse estudiado de modo aceptable algo más de un centenar de mosaicos. El resto necesita revisiones y nuevos estudios. Hay que añadir además que la bibliografía sobre los mismos es poco o nada conocida fuera de España con la excepción de los intercambios personales de publicaciones entre los estudiosos interesados en estas investigaciones.

Hace algunos años se proyectó la publicación de un *corpus* de los mosaicos hispanorromanos. La falta de investigadores ha impedido que esta tarea haya progresado como era de desear y, por el momento, sólo se puede prever en fecha relativamente próxima la publicación del *corpus* de mosaicos del *conventus Tarracoenensis* que preparé en 1962-1963. Es imposible predecir en la actualidad la fecha de publicación de los mosaicos de otras zonas con carácter exhaustivo y estudio detenido.

La mayor parte de los mosaicos hoy conocidos corresponden al Bajo Imperio. Desde luego es necesario revisar muchas de las cronologías propuestas habitualmente. En líneas generales puede señalarse la aparición de pavimentos musivos a fines del s. II a. d. J. C. y su continuidad hasta el s. VI d. d. J. C.

Quedan aparte los mosaicos medievales no estudiados hasta ahora con la excepción de los musulmanes de la mezquita de Córdoba.

Hoy podemos advertir una cierta relación entre lugar de hallazgo y época del mosaico. Desde hace algunos años vengo insistiendo sobre este aspecto que, en cierto modo, tiene un valor diferencial entre Hispania y otros territorios del Occidente romano.

Otro fenómeno interesante es el área de dispersión de los hallazgos. Ambos puntos merecen ser considerados con cierta atención y detalle.

No conozco ningún mosaico anterior al a. 100 d. d. J. C. que haya aparecido en áreas no urbanas. La única excepción que puedo citar son los mosaicos de «terrazo» hallados en la villa, «a mare» de Cabo de Palos que deben corresponder a la última época republicana. Otros pavimentos de «terrazo», los de Monzón (Huesca) pueden corresponder a un núcleo urbano.

Durante la primera mitad del s. II puede señalarse lo mismo con la relativa excepción de alguna pequeña construcción suburbana próxima a la zona urbana. Sin embargo no me parece posible hoy señalar ejemplares seguros. Hasta este momento el pavimento musivo continúa siendo un elemento eminentemente urbano o quasi-urbano. No han faltado —como es natural— intentos de remontar cronologías e incluso de envejecer ciertos materiales. Aquí me limito a presentar mis resultados no a exponer una casuística ni enmendar textos extraños. Los mosaicos de villas más antiguos que conozco, aparte la excepción ya citada, son los del «Puig de Cebolla» (Valencia), que estudié hace algún tiempo, y el de «La Salud» (Sabadell, Barcelona), y después de éstos el de Javea (Alicante) que espero publicar en breve.

Durante el s. III se observa, en cierto modo, un equilibrio entre hallazgos en ciudades, debo advertir que como tales considero —por razones de método— también los de *vid.* y ejemplares en villas.

Esta proporción se invierte a partir del s. IV que señala un predominio absoluto de hallazgos en villas. Hay que advertir además que los hallazgos en ciudades quedan aumentados por piezas de otro carácter, los pavimentos de construcciones de carácter cultural y las laudas sepulcrales.

Creo, como he manifestado en otros lugares, que este cambio es una manifestación de la emigración de *potentiores* y *possesores* hacia sus propiedades y fincas rústicas. No quiero ocultar sin embargo que Andalucía ofrece aún muy pocos datos y que éstos muestran una relación inversamente proporcional a la expuesta. Ello obedece, a mi juicio, a dos razones, de una parte la extraordinaria actividad en ciertas áreas, Córdoba y aún más Itálica, y de otra la casi total ausencia de datos sobre las villas romanas de Andalucía —la principal excepción corresponde al territorio de la provincia de Granada gracias a la labor de mi colega el profesor Pellicer.

Dentro del área peninsular la distribución de hallazgos ofrece variantes según el método de estudio. Algunas lagunas —p. e. entre Dertosa y Saguntum o las de la Meseta S.— parecen corresponder a una causa concreta, exploración insuficiente o deficiente, y reflejar posiblemente una circunstancia, la lentitud de algunos investigadores en publicar sus resultados.

Tenidas en cuenta estas reservas hay que observar —al pasar al conjunto de resultados— que los hallazgos musivos se manifiestan en múltiples áreas, en zonas donde otros exponentes de la cultura artística y de los usos romanos

escasean o faltan. En principio puede señalar que toda el área peninsular ofrece, *grosso modo*, hallazgos de mosaicos con la excepción de la zona costera de las provincias norteñas. Mi falta de noticias y datos en el caso de Ibiza me parece puramente circunstancial más indicativa de un hecho histórico reciente —ausencia de investigación— que de una situación en el mundo antiguo.

Como hecho socio-cultural el mosaico nos manifiesta bastantes cosas. Algunas quedan apuntadas, otras requieren un desarrollo muy detenido.

Hasta el comedio del s. I d. d. J. C. predominan lo que yo juzgo manifestación hispánica de la asimilación de gustos y tendencias de origen helenístico. Es el caso de los *emblemata*, de los pavimentos de *sectile* más antiguos, también de los pisos de «terrazo»... Creo sin embargo que no hay que engañarnos sobre este origen, lejano e indirecto, helenístico, la transmisión inmediata es romana o, si se quiere, itálica.

Entre el 50 y el 150 d. d. J. C. Hispania parece entrar de lleno o casi de lleno en el ambiente de la musivaria itálica bicroma —«blanco y negro»—. Creo se apartan sólo algunos conjuntos andaluces como una parte de los de Itálica pero en este caso la revisión de la cronología se imprescindible. Lo que conocemos de Itálica es sólo una pequeña parte pero ésta no parece antoniana y si es tal hay que revisar totalmente nuestra idea de la cronología de la musivaria polícroma —africana u oriental más que itálica— o suponer en la Bética una precocidad que no tiene correspondientes en Africa.

Este mosaico bicroma es eminentemente decorativo y no figurado. En el segundo caso se manifiesta más en áreas ciudadanas que en zonas rurales, Javea o Sabadell, y, respecto a sus manifestaciones itálicas, con cierta *mediocritas*, pavimentos un tanto reducidos y composiciones que carecen de la ambición de sus equivalentes italianos. Lo no figurado debe alcanzar una continuidad que no advierto en lo figurado.

Desde el 150 lo africano cobra preminencia. Pero no hay que engañarse. En ciertos casos el modelo o la escuela del artesano no se halla en Africa sino en el Oriente romano e Italia no está totalmente ausente —uno de los ejemplos conspicuos es en el s. IV «Centcelles» pero, menos excepcional, no hay que olvidar tampoco conjuntos como los de Fraga (Huesca) o el cuadro, que no creo africano, de Navatejera (León).

En realidad el s. III es, a mi juicio, un momento que no llamaré indeciso pero sí indefinido. La musivaria hispánica apenas alcanza un lenguaje plástico propio —una excepción parecen ser los musivarios de la zona de Clunia— y no alcanza a plantearse la disyuntiva de «decoración o representación» pero las excepciones no faltan. La capacidad de plantearse grandes composiciones existe. Es indicativo en este sentido, en mi opinión, el mosaico circense de Gerona, procedente de una villa, y compararlo —como antecedente— al de «La Medusa» en Tarragona y, en otro sentido, al hoy perdido de Arcos de la Frontera (Cádiz) con una representación muy propia del tema de la «Despedida de Adonis»...

Sin embargo esto, como el «calendario» de Hellín (Murcia) o «Las Fatigas de Hércules» (Liria, Valencia) es una alusión a las excepciones. Los grandes conjuntos, como la villa de Relves (Toledo), la de Selva del Campo (Tarragona) o el peristilo de Liédena (Navarra) —con su adhesión al viejo procedimien-

to bicrono— muestran una indudable preferencia, predilección o tendencia a lo no figurado y a lo decorativo sobre lo narrativo...

Si algo, a mi juicio, puede señalarse es que la musivaria hispánica vive quasi, o totalmente, independiente de los resultados obtenidos por los talleres galos, incluyendo los de Treveris, Colonia, que más parecen aceptar que transmitir. Incluso el «Mustermosaik» de «Torre Llauder» (Mataró) me parece si no independiente al menos más ambicioso...

Entre el 250-300, *grosso modo*, la Península atraviesa momentos difíciles y de especial inquietud. Como he señalado varias veces todo ello no puede ser atribuido en bloque —como se ha hecho generalizando mis resultados— al bien conocido *raid* franco-alemán del 260/262. Creo que este fenómeno bélico nos oculta muchas cosas quizás más interesantes...

En principio este es un momento poco adecuado para esperar una gran actividad en lo musivario pero conviene huir de toda estereotipia. La diversidad peninsular me parece manifiesta. Además sobre el 280/90 se reanuda la importación, aunque un tanto excepcional, de sarcófagos de los talleres de Roma en las zonas más afectadas (p. e. Barcelona). Como señalé en su día no creo muy posterior el mosaico con «paisaje de Alejandría» de Toledo.

A partir de este momento aumenta el material. Desgraciadamente es muy difícil reconocer talleres como los advertimos en época severiana —p. e. Córdoba, Barcelona, Tarragona, etc.— mi impresión es que la crisis económica de las ciudades condujo a aquellas oficinas relativamente sedentarias —hablar de sedentarios en el caso de los musivarios es siempre un tanto aleatorio— surgidas junto a los grandes centros para ser substituidas en parte al menos por artistas itinerantes... En realidad las condiciones de tipo social y económico habían cambiado. Es curioso observar que en las áreas mediterráneas el número de villas se reduce extraordinariamente. Probablemente no se abandonan pero hay indicios en algunos casos de un cambio de situación. Centros antaño señoriales como Pacs (Barcelona) o «Torre Llauder» (Mataró, Barcelona) aparecen sobre todo como base un tanto precaria de una población de agricultores empobrecidos...

Los centros del gobierno romano, hoy diríamos capitales, parecen conservar ciertas posibilidades para emplear a los musivarios. Prescindo de un caso como el de Centelles que —si se aceptan las hipótesis de Schlunk— obedece a circunstancias muy especiales y que, en cierto modo es un *unicum* especialmente si continúan sin aclararse sus posibles relaciones con la villa de Fraga.

Otro caso, verdaderamente *a se* por hoy, es el de Zaragoza —al menos en un caso pudiera pensarse en cierto vínculo con el equipo que trabajó en Navatejera— y, con las dificultades consecuentes a una exploración no regular, en el mismo orden habría que situar Corduba e Itálica o Málaga.

El grupo de patronos más considerable parece ser el de los latifundistas. La concentración de restos en la zona interior no parece como antaño un hecho circunstancial de la exploración al multiplicarse los hallazgos. Desgraciadamente éstos no han sido editados de modo suficiente con la excepción de los pavimentos constantinianos de Dueñas (Palencia).

Queda finalmente un tercer grupo, el eclesiástico que en estos momentos no parece presentar suficiente capacidad económica. El punto de coincidencia,

las laudas sepulcrales de mosaico, parece —aparte alguna excepción— un tanto más avanzada y creo muy difícil —como ha señalado Elorza— englobar y reducir todo bajo la etiqueta de «africanismo» como era posible en tiempos. Ya he aludido antes a la presencia ocasional de Italia —en realidad de una «entente» entre Africa e Italia— y Oriente, un tanto anecdótica, en la musivaria de este período pero creo no es dudoso que Africa afianza la posición adquirida en el siglo precedente.

El s. V manifiesta una quiebra de las ciudades en cuanto poder imperial y presencia de funcionarios. También en este caso el sucesor es la iglesia. El fenómeno meteórico del reino vándalo quizás debilite en parte la posibilidad de reflejos directos e inmediatos de lo africano. Este continúa presente pero es un tanto difícil —en el estado actual de la investigación de la musivaria africana— discernir qué puede ser indicio de relación continua y qué es, simplemente, continuidad de uso, proceder y repertorio. Tampoco hay que olvidar que la época no es propia a gastos suntuarios, o como tal se juzga, pero tanto en este siglo como en el siguiente la documentación arqueológica aclara y muestra un orden de cosas un tanto distinto del que se ha supuesto después de la lectura de los textos.

La relación con Africa, podemos suponer y el material lo demuestra, continúa sin interrupción notable aparente, en un territorio primero vándalo y después bizantino, las Baleares, se reanuda o consolida en buena parte del área costera peninsular gracias a la expansión justiniana. El material conocido no es demasiado abundante pero sí indicativo de una correspondencia de fenómenos, singularmente la pérdida del sentido de la organicidad y el gusto por el decorativismo.

A. BALIL

